

Cassiopeia

Dandelion

Image not found.

Capítulo 1

Estaba limpiando las últimas mesas, contando los segundos para que acabase mi turno. Cuando Tom, mi jefe, gritó mi nombre, me apresuré en colgar mi delantal y salir zumbando de aquel restaurante de mala muerte. En cuanto giré la esquina, mi móvil vibró en mi bolsillo.

—Hola hermanita—dijo Jack al otro lado de la línea. Su tono condescendiente me hizo poner los ojos en blanco, intuyendo que me iba a pedir un favor—. Necesito que hagas algo por mí.—y ahí estaba, sin rodeos.

—¿Cuándo no necesitas que haga algo por ti? —suspiré.

—Tienes que ir a la calle que hace esquina con la de la panadería de al lado de casa de papá y recoger... recoger algo por mí.

—¿El qué?

—Nada importante.

—De acuerdo—exhalé una bocanada de aire—. ¿Y a quién se lo tengo que pedir? ¿es un amigo?

—Eh... claro—sabía que mentía—. ¿Lo harás?

—Voy a ello ahora, ¿de acuerdo?

—Eres la mejor hermana del mundo—me aduló.

Yo puse los ojos en blanco y le colgué sin despedirme. Caminé deprisa hacia el lugar indicado, que estaba apenas a diez minutos del restaurante donde trabajaba. Visualicé una figura masculina alzándose en la esquina y me paré delante suya, decidida.

—Vengo de parte de Jack. Soy su hermana—le aclaré al notar su mirada inquisitiva recorrerme de arriba a abajo.

—Me habían dicho que era un cobarde, pero lo de mandar a tu hermana a recoger tus drogas me parece excesivo.—rió.

—Espera, ¿drogas? —retrocedí al instante.

—No chilles—dijo agarrando mi brazo y aproximándose a él, mirando hacia ambos lados de la calle—. ¿Creías que ibas a recoger los apuntes de clase? ¿qué edad tienes, criatura?

—Aparta tus manos de mi—me zafé de su agarre.

—Creo haber escuchado por ahí que tienes 21, ¿Me equivoco... Cassie? —soltó una risa entre dientes al ver mi ceño fruncido.

—¿Dónde has oído eso?

—Tu hermano ladra demasiadas cosas—chistó—. Es un jodido crío.

—Tiene 16, qué esperas—gruñí asqueada.

—Oh, que gran hermana, consiguiéndole material a su hermanito menor de edad—su tono se volvió más agudo, enfatizando la burla. Sacó una pequeña bolsa del bolsillo de su chaqueta de cuero y me apresuré a tomarla bruscamente.

—¿Quién te ha dicho que se las voy a dar?

Cuando mi mano se cerró sobre la bolsita, él cerró la suya sobre mi muñeca y me atrajo hacia él, pegándose a su cuerpo. Iba a gritar pero me tapó la boca con la otra mano.

—Shh, Cassie—oír mi nombre salir de sus labios me produjo un

escalofrío—. Tenemos a dos polis justo detrás de tí, así que sé buena y finge que eres mi novia durante diez segundos—como yo me revolví, se apresuró a añadir—. Te recuerdo que eres tú la que tiene la droga ahora, lo estoy haciendo por ti.

Me dejé de mover asustada y me apresuré en recostar la cabeza en su pecho, intentando no temblar por la impotencia. Le sentí sonreír pegado a mi frente y tuve que apretar los puños aguantando mis ganas de partirle la cara. Cuandi ví de reajo el coche de patrulla alejarse calle abajo, me separé de él con brusquedad.

—No me importaría pasar contigo así el resto de la noche... en mi cama—dijo en tono juguetón alzando su brazo hacia mí.

—Te aseguro que antes de que tu mano llegase a rozarme, tu espalda estaría contra el suelo—le respondí fría, mientras él se reía a carcajada limpia mostrando unos dientes alineados—. ¿Me puedo ir ya?

—No, tienes que pagarme—dijo revolviendo su pelo negro—. Un beso me vendría bien.

—Y una mierda—le saqué el dedo corazón antes de alejarme calle abajo.

— ¡Nos volveremos a ver, Casiopea! —me gritó mientras me alejaba.

— ¡Me llamo Cassie! —grité sin voltear.

— ¡Yo soy Denis, recuérdalo!

Tenía claro que en mi lista de prioridades se encontraba borrar de mi mente aquel estúpido nombre.

Capítulo 2

Cuando entré en mi casa, suspiré y tiré mi bolso al suelo junto al sofá. Encendí la televisión y me senté en la esquina del sofá para mandarle un mensaje al inconsciente de mi hermano.

¿En serio pensabas que no iba a escandalizarme con esto? Gasta tu dinero en otra mierda. Te has quedado sin hierba, hermano.

Cassie, xx.

Saqué la bolsita del bolsillo de mi chaqueta y miré su contenido a contraluz. Me levanté de un salto y busqué en los cajones del mueble del salón, sacando el papel de liar. Me senté en el piso y me apresuré a liar un cigarro con el contenido de la bolsita de Denis. Miré mi obra de arte con orgullo pero me quedé helada. Mierda, me había jurado a mí misma olvidarme de aquel nombre. Sacudí la cabeza y me apresuré en encenderlo y al dar una calada, tosí con fuerza. Llevaba demasiado tiempo sin probar nada de esto. Pronto sentí como las drogas hacían efecto en mí, y entonces alguien llamó a mi puerta. Corrí hacia ella y la abrí sin mirar.

— ¿Denis? —reprimí el impulso de golpear mi frente al darme cuenta de que había recordado una vez más su nombre.

—No deberías abrir la puerta a cualquiera con este ambiente—rió—. Imagina que soy un poli. Podrías pasar la noche entre rejas.

— ¿Me has seguido hasta casa? —pregunté dando una calada al cigarro.

—Le mandé un mensaje a tu hermano diciéndole que o me daba tu dirección o le partía las piernas—me quitó el cigarro de la boca para dar una profunda calada—. Ya sabes que te va a vender por menos de dos euros.

No sé si es por la droga, pero me eché a reír a carcajada limpia. Él me empujó con suavidad y entró cerrando la puerta tras él antes de dar otra calada.

—No te fumes mi maría—le dije divertida.

—Si tu hermano invita, no es tuya—contestó alzando el cigarro por encima de mi cabeza.

Maldita sea, era demasiado alto. Cuando me había dado por vencida el bajó el brazo para colocar el cigarro en mi boca.

— ¿Por qué has venido? —le pregunté mientras le pasaba el porro.

—Mientras huías de mis encantos, se te cayó ésto—alzó frente a mí mi pulsera de plata y la quitó de mi vista al ver que intentaba recuperarla—. Ah no. Ésta es mi vía segura para pasar tiempo contigo—observé como guardaba mi pulsera de nuevo en su pantalón.

—Vas a venderla—gruñí.

—No voy a hacer eso, Casiopea—carcajeó una vez más tomando el cigarro.

—No me llamo Casiopea. Soy Cassie, Cassie a secas.

Él me miró largos segundos antes de contestar.

—Para mí seguirás siendo Casiopea.

...

Abrí los ojos lentamente, con un dolor de cabeza descomunal. Tenía la boca seca y mucha hambre. Me incorporé del sofá y estiré mi cuello, entumecido a causa de dormir en el salón. Di un grito al ver a Denis dormido profundamente apoyado en el sofá, haciendo que él despertara de un salto, tan aturdido como yo.

— ¡No te fuiste anoche! —señalé acusadora.

—Me quedé dormido igual que tú—frotó su cuello aún somnoliento—. ¿No tendrás un ibuprofeno? —me preguntó levantándose.

—Estoy segura de que podrás aguantar hasta tomarlo en tu casa—lo empujé con fuerza hacia la salida—. Lo mejor será que no nos veamos más...

—Eso no dijiste anoche—dijo él divertido, oponiéndose a mi fuerza antes de llegar a la puerta.

—Estoy segura de que sí lo dije.

Observo con el corazón en la garganta como eleva su camiseta dejando al descubierto su torso, donde había un número de teléfono apuntado con tinta morada.

"678945603 - Casiopea"

—Yo jamás me apuntaría con ese nombre—murmuré abriendo la puerta.

—Digamos que accediste a hacerlo a cambio de más droga—contestó riendo—. Compruébalo, está en tu cajón.

—Quizás mañana—le cerré la puerta en la cara.

Cuando oí sus pasos alejarse por las escaleras metálicas de los departamentos me deslicé contra la puerta hasta sentarme en el suelo y darme suaves cabezasos contra ésta. ¿Cuándo dejaba yo, Cassie la cauta, entrar a nadie en su casa? Y madre mía, era un completo desconocido. Sabía su nombre y que vendía droga. Sacudo la cabeza y me levanto, dispuesta a prepararme para el trabajo.

...

—Madre del amor hermoso Cassie—me dijo Mila, mi compañera de trabajo—. Vaya ojeras que te traes. Dime que ha sido porque te has pasado la noche montando a un tigre—susurra divertida cuando me acerco a ella para ponerme mi delantal.

Iba a contestarle cuando el jefe se asoma a la cocina, llamando mi atención.

—Cassie, hay gente afuera que espera que los atiendas. Ya.

Puse los ojos en blanco y dejo a Mila, que me guiñó un ojo cómplice, que se encargue de la cocina.

Capítulo 3

Abrí el cajón de mi salón buscando un paquete de fósforos cuando me topé con la bolsita de marihuana que me había dado Denis una semana atrás. Cerré el cajón frustrada y salí por la puerta. Después de trabajar iba a tener que hacer la compra.

Entré al trabajo como todas las mañanas y mi jefe, antes de que me coloque el delantal, ya estaba dándome órdenes. Até el lazo del delantal y saqué el boli y la libreta dispuesta a tomar pedidos, cuando me encuentro una sonrisa traviesa y unos ojos pardos en una de las mesas.

— ¿Denis? ¿cómo me has encontrado? —susurré frunciendo el ceño.

—Tú me lo dijiste—contestó divertido mientras sus ojos paseaban por mi uniforme.

— ¿Qué vas a tomar?

—Quiero un plato de huevos revueltos y un batido de fresa—guardó silencio un segundo, mirando la carta—. Y a la camarera—añadió con un brillo que no supe identificar en sus ojos.

—Me encargaré de escupir en tu plato—contesté mientras me alejaba para dejar el pedido.

Noté, incómoda, que mientras atendía otras mesas Denis no me quitaba los ojos de encima. Cuando dejé su pedido en su mesa, me apresuré en alejarme de él pero fue más rápido y tomó mi muñeca impidiéndome ir.

—Esta noche podrías venir a verme—me propuso—. Te devolvería la pulsera.

—Pensé que la habías vendido—susurré mirándolo desconfiada.

—Jamás haría eso—negaba con la cabeza—. Me dijiste que era importante para tí.

Tenía razón, era de mi abuela, pero eso a él ¿qué le importaba?

—Todo depende de lo que dejes de propina—respondí zafándome de su agarre.

Evadí las preguntas de Mila y seguí haciendo mi trabajo. Cuando Denis se levantó de su mesa, se encargó de dejar su plato en la barra, dejando una muy buena propina. Tras eso, se acercó a mi, con aire despreocupado.

—A las once en el *Devil Denver*—me dijo colocando un mechón detrás de mi oreja, sin borrar esa sonrisa que tanto me sacaba de quicio.

...

— ¿Y cuándo pensabas contármelo? —gritaba mi amiga desde el otro lado de la línea—Conoces a un chico malo, y ni me hablas de él.

—Es un idiota—contesté—, pero tiene mi pulsera.

—Adoro la faceta de malote de los chicos, es tan sexy—suspiraba Alyssa al teléfono—. Encárgate de recordar los detalles de esto, porque me lo vas a contar con pelos y señales, Cassie.

Colgué el teléfono tras despedirme, asqueada. Sinceramente me

apetecía tanto ir con Denis como comer mierda, pero tenía mi pulsera. Salí de casa corriendo, porque llegaba tarde y cuando llegué al sitio me paré unos segundos para observar el estado de mi pelo antes de salir del coche. Espera, ¿en serio estaba revisando mi estado para ver a ese imbécil?

Un gorila que protegía la entrada, me pidió mi carnet de identidad de muy mal humor y mientras él lo revisaba incansablemente, yo me imaginaba las distintas formas de encajarle el carnet en la garganta. Cuando me dió el visto bueno, entré en aquel lugar de ambiente denso por el tabaco, buscando a Denis con la mirada y lo encontré sentado en una de las mesas jugando a lo que parecía ser poker. Así que me acerqué a la barra y pedí una cerveza observándolo jugar desde allí, pues estaba tan concentrado que siquiera se había dado cuenta de mi presencia.

—Escalera de color—dijo entonces, con una sonrisa siniestra en su cara.

Chsqueé la lengua. Mierda, también sabía jugar al poker, y bien. Le ví recoger el dinero de la mesa mientras sus contrincantes gruñían cuando alguien tomó mi brazo.

—Hola guapa—me giré de inmediato con todos mis sentidos alerta—. Éste no es sitio para que alguien como tú esté sola.

—Está conmigo—dijo Denis con una voz dura, sobresaltándome—. Y ahora vete.

Una vez que el hombre se alejó, Denis destensó su cuerpo, esbozando una suave sonrisa.

—Pensé que no ibas a venir. ¿Qué es esta mierda? —dijo cogiendo mi cerveza y llevándosela a los labios, para bebérsela de un trago— ¡Max, ponme dos whiskys aquí!

Pronto, dos vasos de lo que parecía ser whisky se deslizaron frente a nosotros.

—Éste es el mejor whisky que he probado en mi vida—dijo empujando el otro vaso hacia mí.

Yo bebí un largo trago y cuando volví a dejar el vaso sobre la barra se me escapó una mueca— ¡Es de garrafón!

Mi comentario le hizo estallar en carcajadas.

—Eres tan inocente—se bebió de un trago su vaso, dejándome asombrada.

Sacó mi pulsera de su bolsillo y yo extendí mi mano pero él negaba con la cabeza.

—Yo te la pongo—dijo tomando mi mano.

No pude evitar estremecerme al sentir su cálido tacto y suspiré frustrada percatándome de que él sonreía a causa de mi reacción.

—Bueno, gracias por todo—le dije levantándome del taburete.

— ¿Dónde vas? — me tomó del brazo—Vamos a divertirnos un poco, ¿de acuerdo? —suspiré dándome por vencida mientras afirmaba con la cabeza— ¿Sabes jugar al billar?

Capítulo 4

—Es bastante sencillo—dijo lanzando un taco en mi dirección el cual cogí en el aire—. Siempre que tengas a alguien bueno que sepa como enseñarte—una sonrisa asomó de sus labios.

—¿Y ese eres tú? —bufé burlona mientras colocaba las bolas en el triángulo.

Me miró divertido antes de asentir con solemnidad.

—Elige una bola. Si consigues meterla bajo mis instrucciones, estás obligada a volver a verme.

—Hecho—dije encogiéndome de hombros—. Soy pésima.

—Conmigo no lo serás—susurró colocándose detrás de mí—. Bien, inclínate—dijo tomando mi cintura. Deslizó sus manos por mis brazos—. Tienes que sujetar el taco así... y así—sentir su respiración caliente y pausada en mi cuello me ponía la piel de gallina—. Elige una bola—susurró en mi oído.

—La roja—dije segura. Era la que más alejada estaba y era muy difícil que lo consiguiera.

—Bien—lo sentí sonreír contra mi cuello mientras colocaba el palo de billar entre mis manos—. Golpea fuerte.

Golpeé la bola blanca con todas mis fuerzas con el taco, dando de lleno en el triángulo. Las bolas se dispersaron y la roja voló directa a uno de los agujeros.

—No puede ser—susurré asombrada.

—¿Quieres probar otra vez? —preguntó divertido—Puedes jugarte un beso... en la mejilla—añadió al ver mi cara de enfado.

—Imbécil—contesté.

—No seas maleducada—carcajeó—. Si quieres puedes irte ya—me dijo golpeando de nuevo la bola blanca y mandando a la mayoría de las bolas a los agujeros—. Pero me debes una cita.

—Eso ya lo veremos—gruñí dirigiéndome a la puerta.

—¡Tómame tu tiempo, Casiopea! —me gritó antes de salir por la puerta.

Conduje hasta casa, sin poder sacarme de la cabeza la respiración pausada de Denis en mi cuello. Di un respingo esforzándome por sacar aquella sensación de mi mente. Me centraría en mi cama, el colchón que me esperaba aquella larga noche, ya que al día siguiente era mi día libre.

Sin embargo, el tono de mi móvil me sacó de mi dulce sueño cuando apenas eran las ocho de la mañana.

—¿Casiopea?

—¿Denis?

—¿Te acabas de levantar? —me preguntó divertido.

—Genial deducción, Sherlock—gruñí enterrando mi cara en la almohada.

—¿No tienes cereales en casa? —entonces un sonido sordo inundó la cocina de mi apartamento—Casi te rompo un plato.

Colgué el teléfono saliendo de mi cuarto corriendo, y lo vi

preparándose un plato de cereales en mi cocina.

— ¿Cómo mierda has entrado? —le pregunté furiosa.

—Deberías cerrar la puerta con llave—dijo sentándose en mi sofá y poniendo los pies en la mesa baja, los cuales quité de inmediato—. Que aburrida, pareces mi madre.

—Tu pobre madre—susurré—. Uno, entrar en casas ajenas sin permiso creo que es delito.

— ¿Me vas a denunciar? —me interrumpió divertido, jugando con la cuchara.

—Y segundo—lo ignoré—, ¿qué haces aquí?

—He venido a decirte que quizás debes tener un ojo en tu hermano—se metió una cucharada de cereales en la boca—. Últimamente está en boca de muchos y eso no es bueno.

— ¿Cómo?

—Que le des un tirón de orejas al tonto de tu hermano si no quieres que le den una paliza—me dijo con la boca llena—. Y ya de paso, estaría bien que lo mandases a clase.

— ¿No está yendo a clase?

—Lleva desde aquella bendita noche que viniste a recoger su mierda sin pisar el instituto.

— ¿Y cómo sabes tú eso?

—Ronda el barrio bajo con los idiotas de sus amigos muy de vez en cuando—dijo masticando con ruido—. Has de admitir que es un tontito, yo cuando me saltaba las clases me quedaba en casita tranquilo fumando.

—Y así estás—dije tomando una chaqueta.

—Hey, un poco de respeto—me contestó dejando el plato vacío en la mesita—. ¿Dónde vas?

—A hablar con mi hermano.

—Voy contigo—me informó levantándose del sofá—. No es un buen lugar para ir sola, Casiopea.

—Has lo que quieras—suspiré saliendo por la puerta.

Caminamos hasta el estacionamiento y Denis me quitó las llaves de mi coche de un tirón.

—Iremos en el mío—me explicó mientras las guardaba en el bolsillo trasero de su pantalón—, así podré acompañarte a casa.

—Tengo que llevar a mi hermano a casa e ir a hablar con mi padre.

—Pues seré tu chófer hoy, entonces—me dedicó una sonrisa y tiró de mi brazo dirigiéndome a su coche.

Condujo durante un buen rato en silencio y no pude evitar fijarme en que sus músculos se tensaban a la hora de tomar el volante. Cuando frenó mientras un chico se acercaba a su ventanilla, su cara se contrajo en un ceño fruncido.

— ¿Es tu novia? —preguntó aquel chico devorándome con la mirada.

—Lo es—le contestó Denis posando su mano en mi pierna como gesto protector—. Tengo prisa, ¿me has parado para adular a *mi* novia?

—estaba molesto.

—Esta noche tienes que ir al *Devil Denver*—murmuró lo suficientemente alto para después alejarse de la ventana.

Denis gruñó como respuesta y pisó el acelerador alejándonos de aquel hombre que probablemente no volvería a ver.

—Que te quede claro, no soy tu novia—le expliqué evitando sonrojarme.

—No lo eres, pero admite que prefieres pasar por mi novia a tener un tío babeando detrás tuya durante más de un mes.

— ¡Pero si eso ya me pasa! Entra en mi casa como si fuera la suya y todo.

—Yo no babeo por tí, Casiopea—dijo divertido.

—Me llamo Cassie—murmuré para mí misma.

—Eres demasiado bonita como para ir dejando un rastro de saliva por donde pisas.

Sus palabras me dejaron aturdida durante unos instantes. No supe qué decir. ¿Acababa de llamarme bonita? Definitivamente se estaba burlando de mi.

—Es aquí—me sacó de mis pensamientos mientras apagaba el motor del coche.

Capítulo 5

Salí del coche luchando entre aquel mar de cabezas en busca de mi hermano. Cuando encontré una cabeza rubia entre toda aquella gente me dirigí a ella a toda prisa con Denis siempre pisando mis talones.

Cuando Jack me vió, su cara palideció notablemente.

—Cassie yo...

—Ni se te ocurra hablar. A casa. Ya—le dije intentando sonar dura, aunque el hecho de que todos girasen sus cabezas hacia nosotros no me ayudaba.

Jack, con la cabeza baja, asintió y andó tras Denis que reía entre dientes. El trayecto hasta el instituto de Jack fue silencioso, por eso no pude pasar por alto la sonrisa burlona de Denis mientras comprobaba que mi hermano entraba en el edificio.

—¿A dónde la llevo ahora, señorita? —me dijo estirándose rígido en el asiento.

—A casa de mi padre—suspiro.

—No te pareces a tu hermano en nada—comentó mientras arrancaba el coche—. Tú tienes el pelo negro y tu hermano es rubio. ¿Quién es el adoptado?

—Yo soy la viva imagen de mi madre y mi hermano el reflejo de mi padre—le respondí.

—¿Padres divorciados?

—¿Cómo lo sabes? —pregunté extrañada.

Separó la vista de la carretera un instante para mirarme.

—Tu tono de voz—una sonrisa burlona pintaba su rostro—. Eres como un libro abierto, Casiopea.

Al verle dirigirse al portal una vez llegamos a casa de mi padre, no puedo evitar sonrojarme. La verdad, no me hacía gracia que entrara a la casa donde me había criado, pues estaba llena de fotos cuando era niña. Época que prefiero no recordar.

Dejé caer mi peso sobre la puerta del piso para empujar con todas mis fuerzas hasta que la puerta cedió con un chirrido. El piso era viejo y hacían falta esos toques para hacer que las cosas funcionaran.

—Bonita casa—dijo Denis mirando las fotos de mis padres—. ¿Ésta eres tú? —dijo parándose en una de ellas, donde salía yo mirando a cámara con una mueca molesta— ¡Qué gruñona!

Puse los ojos en blanco y crucé el pasillo en busca del cuarto de mi hermano y cuando entré sacudí la cabeza por el olor a sudor. Sin emargo me puse a buscar en sus cajones cualquier rastro de droga.

—Este cuarto es genial—dijo Denis apoyándose en el marco de la puerta.

Me levanté de la silla y me senté en el suelo, contando los tablones de madera. Cuando di con el adecuado, solté un golpe sobre él, levantándolo mientras Denis me miraba sorprendido.

—¿Cómo sabes donde esconde la droga?

—Porque un día, éste fue mi cuarto—dije sacando el paquetito de

marihuana y algunas pastillas que tenía escondidas en el suelo, antes de colocar la madera una vez más en su sitio.

— ¿Cuándo te independizaste? —me preguntó impidiéndome salir del cuarto de Jack.

—En cuanto acabé el instituto—cruce mis brazos sobre mi pecho en señal de que el interrogatorio había acabado—. ¿Qué hay de ti?

—No cursé la Universidad. Llevo seis años viviendo solo—sonrió al ver mi cara de desconcierto y se apresuró a aclarar—. Tengo 24.

Asentí dando por finalizado aquello y lo aparté de la puerta, impaciente.

—Nos vamos.

Él asintió y salió del piso tras de mí.

— ¿Qué vas a hacer con todo eso que llevas?

—Había pensado en dártelo a ti... porque yo no lo quiero.

Él lo tomó con media sonrisa antes de entrar en su coche. Tras un largo rato conduciendo, volví a oírle reír.

—Quiero que sepas que esto no cuenta como cita—lo miro sin entender—. Todavía me debes una cita.

—Define cita—exigí, algo nerviosa.

—Pues tú y yo tomando una cerveza en algún bar—solté un suspiro aliviada—. ¿O es que quieres que pase algo más, Casiopea?

—Mira a la carretera, imbécil—le dije girando su cara—. Y ya te he dicho, me llamo Cassie.

— ¿De dónde viene Cassie?

—Mi padre me llamó Cassandra—aclaré—, pero mi madre lo aborrecía así que en la partida de nacimiento aparece Cassie.

—Admite que Casiopea es un nombre más bonito que Cassandra.

— ¿Por qué Casiopea?

Su sonrisa se hizo más amplia y pude apreciar un brillo en sus ojos.

—Algún día te lo contaré. Ya hemos llegado—dijo poniendo el freno de mano frente a mi casa.

— ¿Quieres pasar?

—No, yo...—su mirada se dirigió al frente—tengo una entrevista de trabajo—me informó con timidez.

Tras una breve despedida, salí del coche y subí las escaleras metálicas de los departamentos. Antes de entrar en casa, pude percibir por el rabillo del ojo que Denis se había quedado para asegurarse de que entraba en el piso.

Capítulo 6

Había estado tres días llevando y recogiendo a mi hermano del Instituto, teniendo algunas reuniones con algunos de sus profesores para recuperar el tiempo perdido. Por eso, cuando entré a casa aquella noche por fin, no me lo podía creer. Me deshice del uniforme del bar con urgencia y me di una larga ducha, con ánimo relajante. Después, encendí el equipo de música y rodeada de comida basura, que tomaría el papel de mi cena, acaricié las páginas de un libro que llevaba tiempo deseando leer.

Tras una, o varias horas de lectura ininterrumpida mi teléfono sonó sacándome del trance al que me sumía cada vez que leía. Sin embargo respondí sin separar aún mis ojos de las páginas del libro.

— ¿Sí? —pregunté distraída.

—Casiopea—la voz de Denis, quebrada, me hizo dar un salto—. Necesito tu ayuda—últimamente todos necesitaban mi ayuda.

— ¿Estás bien? —le pregunté a la vez que cerraba mi libro.

—No—dijo riendo con tristeza—. Estoy a dos calles. Me han robado y no puedo volver a casa. ¿Te importaría venir a...?

—Voy—le interrumpí colgando el teléfono.

Tomé una sudadera y salí corriendo de casa. Cuando llegué, vi a Denis tirado en el suelo, sujetándose el abdomen con una mueca en su cara, que estaba llena de sangre y oliendo a alcohol.

— ¿Qué ha pasado? —le pregunté arrodillándome junto a él.

—Una buena paliza—ahogó un gemido cuando pasó su brazo alrededor de mis hombros para ayudarlo a levantarse.

—Espera, si te han robado...

—Hoy he ganado un coche jugando al poker—me aclaraba—. Supongo que no les ha sentado bien perder y han venido a reclamarlo. Solo eso.

Entramos a mi casa y tumbo a Denis en el sofá antes de ir a buscar el botiquín. Cuando estaba empezando a curarle la ceja, él colocó un mechón negro tras mi oreja.

—Estás preciosa.

—Y tú borracho.

—Me sigues pareciendo bonita cuando no bebo—susurró con una sonrisa, sin apartar la mirada de mí—. ¿Sabes por qué te llamo Casiopea? —me preguntó tras unos segundos de silencio—Es una constelación muy conocida, y se usa para encontrar el norte cuando la Osa Mayor no es visible.

— ¿Y? —le pregunté al ver que guardaba silencio, mientras recogía las gasas.

Cerró los ojos y esbozó una triste sonrisa.

—Cuando te vi aparecer en la esquina aquella noche, supe al instante que tú eras la manera de encontrar mi norte tras creerme completamente perdido.

Volví mi mirada hacia él, helada ante aquel comentario y agradecí al cielo porque él tenía los ojos cerrados y no podía notar mis colores.

¿Realmente pensaba eso? ¿o era producto del alcohol? Entonces recuerdo su entrevista de trabajo. ¿Un vendedor necesitaba un trabajo? ¿acaso no ganaba el suficiente dinero?

—Denis, ¿conseguiste el trabajo? —le pregunté en apenas un susurro, pero sacudí mi cabeza al comprobar que estaba dormido.

Tras recoger el salón en el más absoluto silencio, coloqué una manta sobre él y vacilé un instante antes de depositar un suave beso en su frente antes de apagar la luz e irme a la cama.

A la mañana siguiente me sorprendió encontrarlo a punto de irse cuando me levanté para llevar a Jack a clase.

— ¿Qué haces despierto a esta hora? —pregunté encendiendo la cafetera.

—Empiezo hoy a trabajar en el Borderline—dijo subiendo el cierre de su chaqueta—. Camarero a tiempo parcial.

Corrí hacia el baño y saco el botiquín al salón, oligándole a sentarse de nuevo en el sofá. Me miró extrañado mientras coloco pequeñas tiritas en sus heridas.

—Si trabajas de cara al público tienes que cuidar tu imagen.

—Pero así parece que me estoy tapando los granos.

—Mejor eso a que tu cliente piense que le está tomando el pedido un delincuente.

Denis bajó la cabeza avergonzado y yo me regañé a mi misma por haber respondido sin pensar.

—Gracias por lo de anoche—me dijo cuando acabé.

—Ni lo menciones.

Se despidió con un breve movimiento de cabeza antes de salir por la puerta, cerrándola suavemente. Masajeo mis sienes confusa, recordándome a mi misma que tenía que ir a trabajar. Mirándolo por el lado positivo, hoy vería a James.

Capítulo 7

James era el hijo del jefe y venía a trabajar un día a la semana. Habíamos tenido conexión inmediata y por eso las noches que salíamos del trabajo juntos acabábamos pasando la noche en el piso del otro.

Por eso hoy cuando se ofreció a llevarme a casa, no me negué.

Abrí con urgencia la puerta de mi piso mientras James me arrancaba un gemido metiendo su mano debajo de la falda de mi uniforme.

—Casiopea, ya era hora, empezabas a preocuparme... oh.

Me separé de James al instante y bajé la falda de mi uniforme, avergonzada.

— ¿Qué haces aquí? —le pregunté sin levantar la vista del suelo— ¿y cómo has entrado?

—No importa—sacudió la cabeza—. Cuando estés libre, llámame, ¿de acuerdo?

Y tal como apareció, se fue, cerrando la puerta tras de sí con un portazo.

— ¿Por dónde íbamos? —me dijo James metiendo de nuevo su mano bajo mi falda amarilla.

Sin embargo, aquella noche no disfruté nada. Por eso a la mañana siguiente, cuando James cruzaba la puerta para irse, le dejé claro que nuestra relación se limitaría únicamente a lo profesional a partir de ese momento. Tras un rato de indecisión, llamé al bar anunciando que no iría durante aquella jornada, justificándome con fiebres altas y mareos. Me dí una ducha rápida antes de tomar el coche para llevar a mi hermano al Instituto.

Antes de encender el motor, marqué el número de Denis, pero aparecía como apagado, así que pongo rumbo al bar donde trabajaba Denis, el Borderline. Cuando pregunté por él allí el dueño frunció el ceño.

— ¡Ya llega tarde! Solo lleva un día aquí y ya se toma esas confianzas.

Imité el gesto del hombre mientras cruzaba la puerta del bar, pensativa. Solo se me ocurría un lugar donde pudiese estar y puse rumbo hacia allí a toda prisa. Di varias vueltas con el coche, ya que no recordaba el camino exacto pero finalmente aparqué en el mismo sitio que aparcó Denis el día que buscamos a Jack. Y ahí estaba, sentado en un banco rodeado de sus amigos.

Anduve decidida hacia él y crucé mis brazos sobre mi pecho cuando alzó la cabeza. Sin embargo, su rostro se ensombreció al reconocermelo.

—Casiopea—murmuró clavando sus ojos en mi, rojos por la marihuana—. ¿Qué haces aquí?

—Llegas tarde al trabajo—murmuré, viendo como el resto de los presentes me devoraba con la mirada.

Denis carcajeó exageradamente antes de hablar.

— ¿Acaso te importa? ¿te importo yo?

—Ya tengo bastante con cuidar a mi hermano, tira el coche y te acerco al trabajo.

—No voy a volver a ese puto bar—me contestó de mala manera—. Y ahora vete.

—Genial—entrecierro los ojos—. Me iré. No volverás a verme.

Él levanta la cabeza de golpe, pero yo ya me había echado a andar hacia el coche. Encendía el motor cuando la puerta del copiloto se abrió, entrando Denis.

—Llévame a esa puta mierda de sitio—dijo frotándose los ojos.

—Esa no es la actitud—contesté mientras pisaba el acelerador.

Conduje hasta su lugar de trabajo y él salió del coche con un gruñido.

— ¿Te importa venir a recogerme? —me preguntó esquivando mi mirada, a través de la ventanilla—Te recuerdo que no tengo coche.

— ¿Qué hiciste con el tuyo?

—Venderlo—chasqueó la lengua antes de incorporarse y caminar hacia el bar.

Llegando a mi casa, me llegó un mensaje de Mila.

"James ha contado lo vuestro a su padre. Te dije que era peligroso. No creo que esto acabe bien..."

Mila, xx."

— ¡Mierda! —maldije golpeando el volante.

Segundos después, mi jefe llamaba a mi teléfono.

—Así que tienes tiempo para acostarte con mi hijo pero no para venir a trabajar.

—Señor...

—Tiene 18 años, Cassie.

—Realmente tengo fiebre y...

—No es por la fiebre. Estás despedida, Cassie—y colgó sin despedirse.

Maldije de nuevo derrumbándome contra el volante. Me fue inevitable echarme a llorar. Ésto me pasaba por inconsciente y por acostarme con un crío inmaduro. Y ahora, ¿de dónde iba a sacar yo el dinero?

Capítulo 8

— ¿Así que te han echado por acostarte con el hijo del jefe? —me preguntó mi amiga mientras sacaba una botella de vino de mi armario—Eres mi ídola.

—Alyssa, esto es serio—froté mis sienes—. Me he quedado sin trabajo. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Nada mejor que algo de vino para encontrar la solución. ¿Dónde tienes el sacacorchos?

—En el cajón junto a la tele—suspiré.

Alyssa rebuscó en el cajón durante unos segundos, soltando una maldición en voz baja antes de darse la vuelta para mirarme extrañada.

— ¿Desde cuando tienes esto? —me preguntó sacando la bolsita de Denis llena de maría, junto al sacacorchos.

—En realidad no lo quiero—murmuré.

— ¿Cuánto quieres por esto?

—Quédatelo.

—Estás pasando por un mal momento, lo mínimo que puedo hacer es pagarte—dejó un billete de cincuenta sobre la mesa.

Miré fijamente el bollete arrugado que descansaba sobre mi mesa. Entonces una idea, tan loca y desesperada como mi situación, cruzó por mi cabeza.

...

Estacioné el coche frente a la puerta del Borderline y apoyé mi cabeza en la ventanilla esperando a que Denis saliese de trabajar. Subió de mucho mejor humor que esta mañana, desde luego.

— ¿Qué tal el día? —le pregunté apartando mis problemas con una sacudida de cabeza.

—Me han echado la bronca y me han descontado el sueldo de la hora que he faltado—se encogió de hombros—. Es lo justo. Pero por lo demás, bien. ¿Y tú?

Froto mis manos contra el volante, nerviosa.

—Denis, tengo que pedirte un favor.

—Claro—respondió sonriente.

—Necesito... necesito que me metas en el negocio de la venta de droga.

Tan pronto como solté la frase, la sonrisa de Denis desapareció. Evaluó mi rostro, y tras unos segundos, frunció su ceño y negó con la cabeza.

—Te lo digo por experiencia, Casiopea, una vez que entras es muy difícil salir—le observé estremecerse—. Es un agujero negro.

—No me importa—mi voz temblaba—. Necesito esto. Me han... me han echado del trabajo.

Él giró su cabeza bruscamente clavando sus ojos en los míos.

— ¿Qué ha pasado?

— ¿Recuerdas el chico de ayer? —suspiré recostándome en el asiento—Es el hijo del jefe—sus cejas se alzaron—. Después de lo de anoche, le dije que se había acabado y... pues se lo dijo a su padre, supongo.

Las manos de Denis se apretaron en puños, mientras ambos guardábamos silencio. Como parecía que iba a seguir así un largo rato, decidí sacarle de sus pensamientos.

—Será solo hasta encontrar otro trabajo—susurré—. Pero mientras necesito pagar las facturas.

—Ni lo sueñes—mordió sus nudillos, pensativo—. Encontraremos otra forma.

—Pero...

—No lo entiendes—saltó del asiento, sobresaltándome—. Una vez que tu cara y tu nombre se hacen conocidos, no hay marcha atrás—guarda silencio unos segundos—. La gente te buscará creyendo que les debes algo. Simplemente por el placer de verte caer.

Me sentí más pequeña junto a él, y lo miraba asustada. Su rostro se relajó al comprobar el resultado de mi reacción a sus palabras y acarició mi rostro dulcemente.

—Ese mundo es un agujero sucio, demasiado sucio para alguien como tú—dejó caer su mano y volvió a mirar por la ventanilla—. Yo conseguiré dinero para ti.

— ¿Qué?

Giró la cabeza de nuevo hacia mí, con media sonrisa en su rostro. Tuve que esforzarme por no derretirme en el sitio. Sacudí la cabeza y quité el freno de mano, dispuesta a conducir hasta la casa de Denis. Cuando se bajó del coche, golpeó el cristal de la ventanilla de copiloto.

—Esta noche te espero en el Devil Denver ¿de acuerdo? Te enseñaré a ganar algo de dinero.

— ¿Enseñarme? ¿por qué?

—Por si algún día decides odiarme—murmuraba tras desviar la mirada.

Capítulo 9

Entré en el Devil Denver cuando el reloj marcaba las once de la noche. Caminé decidida hasta Denis, que estaba acabando una partida de poker. Me obligó a posicionarme junto a él y a observar. Cuando acabó, me obligó a sentarme en su sitio.

—Denis, no he jugado esto en mi vida—murmuré cuando arrastró una silla a mi lado.

—Tampoco al billar, ¿recuerdas? —me sonrojé al recordar a Denis respirando en mi oído, justo como en este momento.

Tras repartir, tenía a Denis dando instrucciones en mi oído, con voz suave. Fruncí el ceño en signo de concentración, y pasado un largo rato, Denis frotó mi entrecejo con su pulgar, con media sonrisa.

—Iguala eso—me dijo con sus labios rozando el lóbulo de mi oreja.

Tras reprimir un escalofrío, seguí sus ordenes, y poco después había ganado.

—Eres increíble—le dije seriamente—. ¿Has pensado en dedicarte a algo relacionado con el profesorado?

Él se rió en mi cara y yo hice un puchero.

—Lo decía en serio, estúpido.

—Bien compañeros—dijo Denis dando un suave golpe en la mesa—, ahora me toca a mí. Y vamos en serio.

Me dediqué a observar la partida y me di cuenta de que James, realmente era un chico inteligente. Entonces noté sus nudillos, que estaban en carne viva.

— ¿Estás bien? —le pregunté pasando mi pulgar cerca de sus nudillos lastimados.

Él se encogió de hombros y me dedicó una sonrisa terrorífica.

—Yo sí.

Poco rato después, la partida era suya.

—Escalera de color—anunció con una sonrisa.

—Y una mierda—estalló uno de sus contrincantes—. La puta que está a su lado le está soplando las cartas.

Los tres hombres de la mesa se levantaron con gesto amenazador, dejando caer un vaso de whisky al suelo. Me miraban con el ceño fruncido, y Denis se levantó también.

—Ella es nueva aquí—les informé.

—No te creo—gruñó el primer hombre—. Supongo que tendremos otra forma de recuperar el dinero—se relamió los labios mirando en mi dirección y yo me levanté de la silla de un salto, asustada.

Denis me colocó detrás de él y los miró desafiante.

—Sobre mi cadáver.

—Hey, Bo, es una cría...—le dijo uno de los hombres que se había levantado también.

—No me interesa, me ha hecho perder mi dinero, esa puta...

En ese momento, Denis me dió un leve empujón que me apartó de su lado antes de lanzarse a puñetazo limpio con el otro individuo. Cuando el

hombre dejó de oponer resistencia bajo él, los dos que estaban con aquel hombre jugando con nosotros, separaron a Denis de él. El resto de la gente seguía con sus juegos, sus bebidas, ajenos a lo que acababa de pasar.

Me cogió del brazo y llevándome frente a él, entre sus brazos, salimos del Devil Denver.

— ¿Estás bien? —me examinó cuando nos apoyamos en mi coche.

Yo asentí, algo confusa por lo que acababa de pasar. Él se llevó las manos a la cabeza, y me percaté de que tenía lágrimas en los ojos.

—Soy un estúpido—dijo apretando el puente de su nariz, dejando escapar un sollozo—. No puedo arrastrarte conmigo a esto.

—Denis...—no pude seguir porque en ese momento estalló en un mar de lágrimas.

Con algo de timidez, lo abracé y él al instante me abrazó de vuelta, apretándome contra él y hundiendo su cara en mi cuello. Cuando consiguió calmarse, volvió a hablarme sin separarse de mí.

—Éste no es el camino. Casiopea—susurró contra mi pelo—, prométeme que no dejarás de guiarme nunca.

Capítulo 10

— ¿Por qué no me lo ha dado James? —le pregunto a Mila, que está entregándome los papeles del despido.

—Ayer le pegaron una buena paliza—me informa tras la barra—. Un chico con pelo negro, ojos verdes, muy alto... y esta mañana le ha pedido que te contratase de nuevo.

En ese momento aparece en mi cabeza los nudillos de Denis en carne viva. Conduzco hasta el Borderline, esperando a que Denis salga de trabajar.

— ¿Adivina que? —me pregunta cuando entra en el coche.

— ¿Le has pegado una paliza al hijo de mi jefe?

Borró la sonrisa de su cara al instante y supe que le había pillado.

—Contesta—exigí cuando guardó silencio.

—Ya no era tu jefe.

— ¿Y eso te da permiso para pegarle una paliza?

—Tu no habías hecho nada malo y...

— ¡Esto es ridículo! —lo interrumpo—Me hablas sobre el cuento del sucio agujero, que hay que seguir el buen camino, ¡y al día siguiente le das una paliza a un crío seis años menor que tu como un delincuente!

Su cara se contrajo al oír la palabra delincuente y giró su cabeza hacia la ventanilla. Yo suspirando arranqué el coche rumbo a su casa. Pronto me arrepentía de mis palabras, así que cuando frené frente a su casa me dispuse a pedirle disculpas.

—Denis yo...

—No, tienes razón—murmuró—. Soy un delincuente.

—Yo no quería decir eso...

—No sé en qué momento de mi vida llegué a pensar que podía cambiar—abrió la puerta del coche—. Por cierto, he echado tu currículum en el Borderline. Empiezas mañana.

Y tras eso, cerró la puerta de golpe. En ese momento, empezó a tronar y aunque yo estaba en el coche, estaba temblando.

Capítulo 11

Como Denis no me cogía el teléfono, no fui a buscarlo y llegué al Borderline diez minutos antes, pero él ya estaba ahí limpiando la barra.

—Hola, soy Cassie, la...

—Sí, sí, Denis ya me ha hablado de ti, Cassie. Yo soy Jules, el dueño—me dijo con una sonrisa—. Has trabajado de camarera antes, ¿verdad?

Asentí con la cabeza intentando no desviar la vista hacia Denis, que estaba mirándome intensamente. Jules me dio el uniforme y una vez vestida, me dispuse a memorizar el menú antes de que abrieran.

—Buenos días—dijo Denis mientras limpiaba la mesa en la que estaba sentada.

— ¿Por qué no me has esperado esta mañana?

—Tienes razón—dijo mientras frotaba la mesa—. Soy un delincuente. Y como tal, me mantendré alejado de tí.

Y tal como lo dijo, se alejó de la mesa para guardar el trapo tras la barra. No tuve tiempo de seguir con el menú, porque al minuto, Jules estaba abriendo el bar-restaurant.

Tras un día increíblemente ajetreado, el jefe felicitó a Denis por haberme recomendado, y a mí por mi trabajo. Denis hizo una inclinación de cabeza y se apresuró a salir por la puerta. Cogí mis cosas y salí tras él sin tiempo para quitarme el delantal.

—Espera—le dije mientras se alejaba calle abajo—. ¡Denis, por favor!

— ¿Qué quieres?—obviamente estaba molesto.

Yo corrí hasta alcanzarlo y tomé su mano por si quería volver a huir.

—No eres un delincuente—le dije sincera—, y me daría igual si lo fueras.

—Mira, Cassie...—empezó.

No sé por qué, pero me sentó como un tiro que no me llamara Casiopea, tanto que mis lágrimas se acumularon en mis ojos nublando mi vista. Tuve que apartar la mirada y recuperar mi dignidad rápido, sin que él se diese cuenta. Estaba comenzando a llover.

—No quiero llevarte conmigo—continuó—. Lo del restaurante es el último favor que te doy. Limitémosnos a relacionarnos en el trabajo.

Se zafó de mi agarre y continuó andando, y yo andaba tras él intentando hacerle entrar en razón hasta que llegamos a su bloque de departamentos, estando los dos empapados por la lluvia. Cuando le vi subir las escaleras mi corazón se rompió en mil pedazos.

—Por favor—le rogué al pie de la escalera.

Mi tono de voz lo sobresaltó, porque reaccionó como no había hecho durante todo el camino y clavó su vista en mí.

—No me dejes sola—sollocé—. No sabría volver a estarlo.

Lo miré directamente a los ojos y vi un leve brillo de compasión y ternura en sus ojos, antes de que suspirase lentamente. Bajó las escaleras y se quitó su chaqueta de cuero, colocándomela sobre los hombros.

— ¿Quieres pasar?—susurró mientras limpiaba mis lágrimas—. Está lloviendo a mares.

Subimos las escaleras en silencio y abrió su puerta dejándome pasar. Cuando encendió la luz, me quedé maravillada. En sí, el departamento era parecido al mío, pero estaba mucho mejor cuidado. Sus paredes amarillas daban sensación de calidez y estaban repletas de fotos familiares. No pude evitar sonreír al ver a Denis de niño, con su sonrisa traviesa abrazando a quien parecía ser su madre. El resto del piso era similar al mío, el salón, en cuya esquina estaba la cocina, separados por un pasillo que daba al baño y a la habitación. La única diferencia es que al fondo del salón, junto al sofá, había un ventanal que daba a una pequeña terraza.

—Estás temblando—dijo pasando a mi lado y sacándome de mis pensamientos—. Date una ducha si quieres, estás en tu casa.

Lo vi salir a la terraza y sentarse en la mesita, fumando un cigarro mientras observaba la lluvia caer, iluminado por las farolas de la calle.

Yo dejé la chaqueta de Denis colgada en una silla y me encerré en el baño. Salí enrollada en una toalla y me asomé